

## Naturaleza de los humanos y naturaleza de los acontecimientos La formación historiográfica en Tucídides

---

Anita Gramigna<sup>1</sup>

grt@unife.it

Yolanda Estrada<sup>2</sup>

coordensehistoria@gmail.com

Recibido: 30-04-2019

Aceptado: 21-07-2019

### Resumen

El propósito de este trabajo es ofrecer a aquellos que están a punto de emprender un camino de investigación histórica, elementos de naturaleza epistemológico-formativa, tomando específicamente a Tucídides como un punto de referencia, que representa no solo un gran “clásico” de la historia antigua, pero también propone el rastro de una investigación original y cuidadosa para sentar las bases científicas del estudio en cuestión. La atención a los desarrollos en la ciencia médica y su uso para investigar esa “naturaleza” humana, que representa una especie de requisito previo para el protagonista de los hechos históricos, se coloca en la perspectiva de una metodología de capacitación que involucra una pluralidad de situaciones significativas. Quisiéramos que los jóvenes investigadores abandonen la imagen tradicional del autor como un distinguido

---

1 Profesora del Departamento de Estudios Humanísticos, Universidad de Ferrara. Área de investigación: epistemología y ética del conocimiento. Profesora honoraria: Museo de Historia de la Educación de la Universidad de Sevilla, Facultad de Educación, Universidad de Salamanca y Escuela de Historia, USAC. Obras: *Epistemologia della formazione e Metodologia della ricerca. Un'indagine presso la popolazione Maya Kaqchikel de Guatemala*, (colaboración - Yolanda Estrada), 2016.

2 Profesora de Enseñanza Media en Historia y Ciencias Sociales, licenciada en Historia, maestra en Docencia Universitaria; docente y coordinadora de carrera de la Escuela de Historia, Universidad de San Carlos de Guatemala, Profesora invitada: Universidad de Ferrara, Las Palmas de Gran Canaria y del CIALC – UNAM.

historiador y, por lo tanto, incuestionable, para abrazar la verdadera imagen de un profesor dudoso, consciente, por experiencia personal, de que nadie es superior y que los hechos nunca hablan por sí mismos.

**Palabras clave** Educación, historia, epistemología, método, historiografía.

### Abstract

The purpose of this work is to offer, to those who are about to undertake a path of historical research, elements of epistemological-formative character, specifically taking as a point of reference Thucydides, who represents not only a great “classic” of ancient history, but also proposes the trace for an investigation both original and careful to lay the scientific basis of the study in question. The attention to the developments of medical science, and its use to investigate that human “nature”, which represents a sort of prerequisite for the protagonist of historical facts, place themselves in the perspective of a methodology that involves a plurality of meaningful situations. We would like young researchers to abandon the traditional image of the author as a distinguished historian, and therefore unquestionable, to embrace the truest image of a doubtful teacher, aware, from personal experience, that nobody is *super parts* and facts never speak for themselves.

**Keywords:** Education, History, Epistemology, Method, Historiography

### Introducción

Cuando se habla de los fundamentos historiográficos en Tucídides, la referencia al método de la medicina hipocrática es inevitable, por el peso que ejerció Anaxágoras de Clazomene sobre la cultura griega de ese siglo extraordinario, que fue el V a. C. La edad de Pericles, en su relevancia política, está influenciada por el filósofo de Lonia, de la escuela de Mileto, con la reputación de un científico “puro”. Era maestro y amigo del político ateniense, tanto que, una vez acusado y condenado a muerte por impiedad<sup>3</sup>, lo protegió y lo ayudó a escapar a Asia. De este extraordinario erudito, en una época en la que la ciencia

3 La acusación y la condena son las mismas que afectaron a Sócrates, probablemente también su alumno en una primera fase de interés en el estudio de los fenómenos naturales. El término “impiedad” identificó una actitud de libertad de investigación y poca consideración por los valores de la tradición. En cuanto a Anaxágoras, por ejemplo, el método de observación conduce a la construcción de hipótesis racionales para la explicación de los fenómenos, que excluye las intervenciones divinas y el uso de mitos imaginativos. Incluso el sofista Protágoras, a quien Pericles estimó y apreciaba por su desencantada visión del hombre, fue considerado “impío” y se vio obligado a abandonar Atenas. Como veremos, su concepción del hombre como una “medida” de las cosas tuvo una influencia significativa en el pensamiento de Tucídides.

no puede separarse de la filosofía, la consistencia del método es sorprendente, no solo analiza rigurosamente la experiencia, sino que también investiga la conexión entre experiencias para llegar a una forma innovadora de pensar y operar; en particular, llega “al estudio de ambas técnicas mediante las cuales el hombre se relaciona con la naturaleza, modificándola, y técnicas mediante las cuales el hombre entra en relación con otros hombres” (Adorno, 1983, p. 94). Aristóteles también es testigo del hecho de que Anaxágoras consideraba al hombre superior a otros animales gracias a la posesión de manos: es en virtud de su uso inteligente que cada trabajo se hace digno.

Hipócrates, padre de la medicina occidental, es consciente de esto, cuando comienza su viaje, que es científico y técnico al mismo tiempo. Ahora es el momento de entender por qué tuvo tanta influencia en la investigación histórica de nuestro personaje clave. Él, de origen tracio, perteneció a la nobleza ateniense y su ciudad pretende contar el clímax y la caída, centrando la atención en la guerra del Peloponeso, que abarca un período de veintisiete años, del 433 al 404 a. C. Participó como estratega y derrotado en Amphipolis por el espartano Brasida, fue exiliado en 424, al menos según una tesis mayormente aceptada. Al enfocar la mirada solo en aquellos años fatídicos, se podría decir que encarna uno de los ejemplos más altos de la historia “a nuestra memoria”, para usar una expresión de Guicciardini<sup>4</sup> con la cual podría compartir la siguiente reflexión: “Es cierto que aquellos que creen que la victoria de las empresas consiste en ser justos o injustos, porque todos ven lo contrario: esa no es la razón, pero la prudencia, las fortaleza y la buena fortuna dan la victoria a las empresas”.<sup>5</sup>

## 2. Los hechos son síntomas

La razón, de hecho, debe ser la regla del método de investigación, mientras que, en los eventos, más allá de la voluntad de los hombres, pueden intervenir factores impredecibles, como tendremos que considerar. Es precisamente la racionalidad investigativa la que encuentra su piedra angular en el

4 Como se sabe, Francesco Guicciardini, famoso historiador del Renacimiento italiano, compuso la *Historia de Italia*, tomando en consideración los hechos que se extienden desde la muerte de Lorenzo el Magnífico en 1494, con el consiguiente descenso en Italia del Rey de Francia, Carlos VIII y pérdida de la independencia territorial, hasta 1535, el año de la muerte del Papa Clemente VIII, consideró que el último “príncipe” había intentado restaurar un principio de equilibrio político y autonomía. Él, al igual que Tucídides muchos siglos antes, había desempeñado un papel político-militar muy importante al servicio de la corte papal, primero como gobernador de territorios (de vez en cuando: Módena, Reggio, Parma, Romaña) y luego como teniente general. de las tropas papales. Y, al igual que el gecko histórico, concentra su propia investigación en poco tiempo (40 años en su caso) que lo vio como un protagonista directo de hechos relevantes.

5 Esta es la parte inicial CXLVII, tomada de *Memorias políticas y civiles*, de Raffaele Spongano, editado por Florence Sansoni, 1951.

procedimiento médico de la escuela de Cos, como se evidencia sin lugar a dudas en los términos utilizados por el historiador ateniense. En primer lugar, existe el mismo objeto de estudio: la naturaleza humana, considerada inmutable y por lo tanto, garantía de un dato universal para ser sometido a cierta intervención cognitiva. Los hechos, en su desarrollo, no son más que síntomas de un elemento que es más profundo: la crisis o la enfermedad en términos médicos. Deben observarse en persona (autopsia) para reconstruir la estructura de manera confiable (*akribia*), es decir, la identificación de las causas. Pero la coincidencia terminológica no termina aquí: el historiador ateniense también utiliza el término anamnesis, en el sentido de análisis de crisis precedentes que pueden ser útiles para un diagnóstico. Que es precisamente la investigación de una patología social (Moggi, 1984). Que permite inducir el comportamiento humano generalizable a partir de eventos particulares. En este punto, el pronóstico no puede faltar, como una previsibilidad del resultado de una crisis en el futuro.

Parece, por lo tanto, que es posible deducir que solo una historia relacionada con la memoria humana verificable es creíble: de ahí el recurso del logos, discursos directos verosímiles, que el académico inventa para reforzar las causas profundas que motivaron a una figura prominente en particular para actuar. Ejemplo célebre del poder de la palabra es testimoniado por las argumentaciones de Pericles, cuando conmemora a los caídos de Atenas después del primer año victorioso de la Guerra del Peloponeso. Informamos un atisbo de rara eficacia: “no necesitamos un Homero que nos elogie o uno que nos deleite con sus versos en este momento, ya que la verdad negaría su representación de los hechos: hemos obligado a cada mar y cada tierra para ser accesibles a nuestra audacia, colocando recuerdos imperecederos vinculados al éxito y al fracaso en todas partes” (Tucídides, 1984, pp. 41 y 42). Toda la oración de Pericles es una obra maestra estético-política, pero este pasaje es fundamental para la distancia que toma desde la conmemoración poética de los hechos heroicos, siempre imaginarios, incluso si se aproxima a la verdad. Aquí están los hechos comprobados que exaltan el poder de Atenas, demostrando el coraje de sus mejores hombres. En la misma oración, Pericles habla específicamente de educación, que no solo es entrenamiento como en Esparta, sino también un culto a la belleza y los placeres intelectuales; mientras que el cuidado de los intereses privados se realiza en paralelo con el ejercicio de la actividad pública. El ideal de *paideia* rara vez se expresa con una claridad

tan lúcida: los hombres libres saben cómo equilibrar los intereses públicos y privados porque es la ciudad misma, la comunidad, la que los educa para ejercer la democracia directa.

Todo esto perderá a Atenas al final de la guerra, mostrando que la historia no puede ser un maestro de la vida, ya que ni los eventos ni sus causas se repetirán en forma idéntica a lo largo del tiempo; mientras que el cierto dato de la naturaleza humana sugiere que todos tienden a la afirmación de autouniversalización de la tensión competitiva y el conflicto. La fuerza es la esencia dominante de los asuntos humanos: la norma por la que los más débiles son admirados por los más fuertes siempre es interesante y ha sido valiosa y, como recordó Guicciardini, las buenas razones de la justicia nunca han inducido a los más fuertes a la renuncia de la expansión de sus posesiones (Tucídides, 1984). No existe un castigo divino que pueda conducir al miedo ni a la autoridad de las leyes humanas, ya que existe una ley natural que garantiza al más fuerte el ejercicio del mando. Solo un posible equilibrio de las fuerzas involucradas, y no la aspiración a condiciones de igualdad y paridad, termina forzando la razonabilidad de las reglas de mediación. ¿Podemos hablar de pesimismo? Quizás la pregunta debería ser otra: ¿la evaluación de la historia según una visión ética tiene que ver con la ciencia histórica? incluso hablar de realismo puede parecer poco convincente, si consideramos el concepto de moderación presente en el autor, quien considera dignos de elogiar a quienes, aunque la naturaleza humana los lleva a dominar, demuestran una capacidad de control en honor de la justicia. Sin embargo, “en lo que a nosotros respecta (...), nuestra moderación también ha dado lugar, y esto es bastante extraño, más a la culpa que a la aprobación” (Tucídides, 1984, p. 76).

Ante una reflexión de este tipo, puede inducirse a acreditar excesivamente el sentido de la modernidad del autor, los historiadores nos han advertido durante mucho tiempo sobre el posible riesgo, identificando un primer límite de su trabajo en el tratamiento exclusivamente político militar del objeto. En consecuencia, nos enfrentaríamos a “una restricción y reducción del concepto de historia” (Meister, 1998, p. 50), donde se descuidan hechos relevantes, como la decisión tomada en 425 a. C., de triplicar el impuesto pagado por los aliados, con las inevitables repercusiones en cuanto a su fiabilidad. Por otro lado, la enseñanza de abordar la contemporaneidad no carece de inconvenientes, como revisar las propias posiciones y dar valor a una revisión del trabajo, a los eventos que antes se consideraban menos importantes. El hecho de haber dejado el

libro VIII sin terminar, y de no haber sometido la revisión el V, podría tener algo que ver con esta dificultad de revisar los eventos y los testimonios. En relación con estos últimos, Tucídides había observado: “Los hechos concretos de los acontecimientos de la guerra no los he considerado oportunos contarles, informándome de la primera vez qué sucedió, cómo me pareció a mí, pero les he dicho a aquellos en los que yo estaba presente y sobre los cuales pregunté otros con la mayor precisión posible” (Tucídides, 1984, p. 122). El erudito era muy consciente de cómo los hombres interpretan los hechos de acuerdo con la ideología o las sugerencias del momento, pero, sobre todo, quería evitar la tendencia a lo “fabuloso”, a la narración para entretener o apasionar, lo que tanto se había tenido en la tradición hasta Heródoto.

Si consideramos el texto no de acuerdo con una razón histórica, sino epistemológica, podríamos decir que nuestro carácter es eminentemente político, de ahí la elección de un tratamiento político-militar de los eventos, la necesidad de volver a los hechos con una hermenéutica que cambia con el transcurrir del tiempo. Ciertamente hay en él, la necesidad científica de objetividad y la voluntad de no manipular los hechos, pero, si bien se le reconoce la buena fe, queda tanto la duda sobre la fiabilidad de las fuentes, que nunca se mencionan, pero no de la certeza, no histórica, pero que puede ser epistemológica. Tucídides, como cualquier otro ser humano que produce cultura, está influenciado por su propia experiencia: es por eso que su trabajo es original. La elección de eventos dignos de mención y los discursos para hacer verosímil no pertenecen al terreno de la objetividad, sino de la responsabilidad. Giambattista Vico (1971) creía que la comprensión (inteligencia) pertenecía solo a Dios y a los hombres, más modestamente, al pensamiento (*cogitare*). La diferencia consiste en tener disponibles todos los elementos constitutivos de un objeto (objetividad) o solo algunos de ellos (contingencia): la razón nos une, en pequeño, a Dios y con ella, podemos saber lo que hacemos (*verum-factum*): el mundo de la historia. En el interior somos conscientes de nuestro ser y de nuestras acciones, pero no poseemos una ciencia ontológica de causas y fines.

### 3. La urgencia de la contemporaneidad

Si, como hemos considerado, el territorio en el que se mueve Tucídides es el de la política, Canfora (1991) lo define con una imagen significativa “el oligarca imperfecto”<sup>6</sup>, entonces su interés en la historia contemporánea es completamente comprensible, tanto que se puede afirmar que escribe sobre hechos en la contemporaneidad del suceso, de ahí la urgencia que queremos enfatizar en el título del párrafo. Esto no significa, y ya lo hemos mencionado, que el autor no vuelve sobre sus pasos ante nuevos eventos. Es cierto, por ejemplo, que la alabanza de Pericles es póstuma, y más sostenible a la luz de la mediocridad de sus sucesores, que sin embargo es evidente en sus consecuencias extremas solo después del trágico desenlace de la expedición a Sicilia (412 a. C.). La guerra lo excita, tal vez el verbo es excesivo, pero es una idea, porque es un hecho nuevo en su dimensión sin precedentes, una gran agitación que parece poner fin al progreso incesante de la historia griega. Nuestro historiador comparte esta idea con los sofistas de los que tenemos que hablar, porque tenían un peso no solo en su educación, sino en la de toda la clase dominante ateniense. Como Anaxágoras, los sofistas enseñaron que el uso de la razón debe ser libre, no sujeto a ninguna autoridad o prejuicio; a diferencia de él, sin embargo, hicieron las polis y no la naturaleza del estudio. Se presentaron como maestros de sabiduría pagada, listos para formar ciudadanos libres para participar con éxito en la vida pública, en la creencia de que la virtud no depende del nacimiento sino del conocimiento.

El ideal de Protágoras, por ejemplo, es ir en busca de una justificación filosófica de la isonomía (la igualdad de los hombres libres ante la ley y la igualdad de estatus independiente de la riqueza). El mito de referencia se puede encontrar en el Protágoras platónico. Nos limitamos a mencionar el supuesto principal: el equipo de Promethean, que debía garantizar a todos los medios para sobrevivir, había resultado inadecuado, ya que el ejercicio de talentos personales específicos (las artes) colocaba a los seres humanos en un conflicto perpetuo entre ellos. Júpiter, por lo tanto, envió a Mercurio para distribuir a toda la dotación política, el único instrumento para garantizar el equilibrio

6 El protagonista es, sin duda, un participante de la oligarquía ateniense de su tiempo, tanto que la política solo puede ser una vocación o una necesidad. Su “imperfección” se da representando una voz fuera del coro: desconfiado de la gente pero no inclinado a reconocerse en posiciones de conservadurismo excesivo. Una imperfección, en esencia, que no parece un defecto y, si no una virtud, un mérito. El erudito italiano, entre otras cosas, no considera fundada la cuestión del exilio: Tucídides habría estado presente en Atenas en 411 a. C. y, solo más tarde, se habrían retirado voluntariamente a Tracia manteniendo relaciones con el rey macedonio Arquelaos I, como Eurípides (Cf. L. Canfora. *Tucídides. La mentira, la culpa, el exilio*. Roma-Bari: Laterza, 2016. Por el mismo autor: *El misterio Tucídides*. Milán: Adelphi, 1999).

y la paz social eran las leyes. En su humanismo radical, Protágoras sostuvo que el ser humano es la medida de todas las cosas y esto también produce el efecto de un relativismo cultural y moral: no hay una verdad independiente de los puntos de vista individual y social. Pero la lección del sofisma encuentra otro campo de aplicación interesante en la oposición de los discursos. En su forma más extrema, se consideró que en un argumento siempre era posible apoyar dos tesis opuestas como igualmente probables. Más interesante en su crueldad, en nuestra opinión, para argumentar que el beneficio vale más que el derecho. En un famoso fragmento anónimo del siglo IV. a. C. menciona un reflejo de Protágoras sobre el relativismo que comienza así: “Entre los macedonios se considera hermoso que las niñas se casen antes de unirse a un hombre, y después de la boda; entre los griegos, es desagradable una como la otra. Para de los tracios, el tatuaje para las niñas es un adorno; entre los otros pueblos, por otra parte, el tatuaje es un castigo impuesto a los culpables”. En nuestro autor, el relativismo adquiere una dimensión específicamente política, como se puede ver en la discusión entre los atenienses y Meli sobre la noción de derecho. Los primeros argumentan: “sabemos nosotros y ustedes que en las discusiones entre hombres, lo que es correcto actúa como criterio solo si existe un estado de necesidad igual entre las partes, de lo contrario, los más poderosos van tan lejos como pueden y los más débil ceden como otros” (Tucídides, 1984, p. 105).

Así que no es casualidad que Tucídides, que también busca la verdad, reconozca la no existencia de una verdad histórica, ya que los seres humanos no son capaces de permitirla; sin embargo, la fiabilidad histórica es posible con un uso riguroso de las fuentes, casi todas orales, de la cronología y de la autopsia. En particular, es tarea personal del historiador analizar los hechos con una hermenéutica que tiene la obligación de prestar la máxima atención a las pistas, que pueden convertirse en signos en la medida en que conectan los eventos de acuerdo con la concatenación de causa y efecto. Este ejercicio de conocimiento pretende ser útil, incluso en el futuro. Su acercamiento, por ejemplo, al tema de la guerra, no es una mera descripción de los hechos en su reconstrucción cronológica. Las pistas nos permiten considerar la relación causa-efecto, el poder en su delimitación entre la lucha interna hacia las polis, donde no solo chocan los individuos que quieren emerger, sino grupos con intereses opuestos. Y el círculo se amplía al contraste entre polis rivales, con las consiguientes actividades diplomáticas, pero, al final, con el ejercicio de las



armas, las tácticas navales y terrestres, los asedios, las masacres de ciudadanos indefensos. De ahí el criterio para seleccionar los eventos, que debe pasar al escrutinio crítico para que sea consistente con el supuesto subyacente: “el trabajo tucídido, debido a su connotación de historia político-militar, establecido de una manera rigurosamente crítica y selectivo y orientado a la búsqueda de ganancias, revela elementos importantes de originalidad e innovación” (Moggi, 1984, p. 39).

Es en virtud de esta perspectiva que el autor puede reclamar no solo la naturaleza científica sino también la imparcialidad de su investigación, que sería el resultado obvio del método: el análisis de causas y efectos no se prestaría a falsificaciones, tendería a ser manifiesta, como en la presunción de tanta ciencia actual, bajo la égida de la neutralidad. Entre líneas, en realidad, vemos el conservadurismo del personaje, que no parece ser contrario a los desarrollos de la civilización democrática ateniense, pero teme las desviaciones demagógicas, en particular cuando las polis se encuentran en situaciones críticas. Su exaltación de la figura de Pericles se ubica en un horizonte preciso, en relación con la urgencia del presente: no solo es capaz de prefigurar el futuro, autoritario, incorruptible, moderado en su acción; sobre todo, fue el hombre el que “mantuvo a la multitud firmemente, incluso en libertad, y la guió más de lo que fue guiada por ella” (Tucídides, 1984, p. 65). La masa anónima, irracional y por lo tanto maniobrable, asusta a nuestro historiador porque no se le puede atribuir dignidad política y, si no encuentra una guía creíble en términos de estrategia política, puede volverse destructiva. Tucídides acepta el precario equilibrio entre la consolidación de un régimen democrático y el régimen personal<sup>7</sup>, así como, aunque con preocupación, la dimensión imperial de Atenas. Quizás más que una democracia moderada, parece estar esperando una oligarquía ampliada, si el objetivo es ser el imperio, pero, en cualquier caso, la calidad de los políticos y su continuidad es fundamental. Temístocles, en tal sentido, era el hombre capaz de orientar el destino de Atenas en su perspectiva del poder dominante del mundo griego, lo que lo dirigía con precisión el camino hacia la realización del sueño imperial: el antagonismo irreductible con Esparta y la consolidación de la vocación marítima. En este camino fue el auténtico precursor de Pericles, pero, después de este último, el gran poder de Atenas no encontró hombres capaces de dar continuidad al proyecto y las pistas se pueden captar mucho antes de la miserable empresa

<sup>7</sup> La imagen que proporciona el autor es inequívoca: “En palabras, por lo tanto, era una democracia, pero en realidad del gobierno del primer ciudadano”, siempre de su libro *La guerra del Peloponeso*, p. 65.

siciliana. El cuadro que se dibuja con respecto a la ciudad de Corcira es emblemático: hombres que deben triunfar a toda costa, recurriendo a todos los abusos y haciendo alarde de una fe política totalmente ausente: “Porque en las ciudades los líderes de la facción, cada uno con nombres honestos, es preferible la gente y la igualdad civil o una aristocracia moderada, en palabras, curaron los intereses comunes, pero en realidad hicieron de ella un premio de su lucha” (Tucídides, 1984, p. 82).

Es indiscutible que, si hay una parte de la obra emblemática, para entender lo que hemos llamado urgencia para entender el presente, es la descripción precisa de la plaga que golpeó a Atenas en el 430 d. C., produciendo muchas víctimas y un oscuro sentido de desaliento ante la evidencia de que la enfermedad era incurable. Pero la ilusión generalizada de que aquellos que lograron escapar de la enfermedad podrían aspirar a la inmortalidad no debe ser subestimada. El análisis de los hechos mostró que “uno no fue afectado por segunda vez, de tal manera que murió”, el académico lo demostró personalmente, y fue tanto la alegría de la escapada que los sobrevivientes “tuvieron de alguna manera la vana esperanza, que ninguna otra enfermedad podría haberlos llevado a la muerte “ (Tucídides, 1984, p. 51). Se ha considerado, desde la antigüedad, que esta parte del trabajo adquiere las características de un tratado médico, inspirado en *Las epidemias* de Hipócrates<sup>8</sup>. Se ha argumentado, pero tal vez sea una leyenda, que el famoso médico de Cos había ido a la ciudad, pero no pudo encontrar un remedio para su enfermedad. La descripción de Tucídides es tranquila, la intención de hacer una investigación útil no le permite ceder a los sentimientos o incluso al miedo, después de haber tenido la suerte de sobrevivir a la enfermedad. Si nada más, gracias a la precisión descriptiva, mañana podremos reconocerlo en su primera aparición. Sus notas son claras, sin una palabra más: la enfermedad repentinamente golpeó incluso a personas sanas y no fue posible volver a la causa, la muerte se manifestó en aproximadamente una semana, la violencia con la que golpeó en las personas no se encontró en otras enfermedades, ni hubo medicamentos útiles. Todo esto lo lanzó a la desesperación, tanto que el mal parecía “más grande de lo que la naturaleza humana podía soportar” (Tucídides, 1984, p. 51). El investigador ingresa meticulosamente en los detalles sintomáticos que resaltan los cuerpos, lo hace con competencia anatómica, sin dejar de subrayar los detalles curiosos, como

<sup>8</sup> El término “epidemia” significa literalmente “permanecer en una tierra extranjera”. Es solo dentro de la escuela de Cos que asume el significado de “enfermedad prevalente en una región particular”, pero todavía no se menciona una enfermedad contagiosa.

el hecho de que los animales también están infectados cuando se alimentan de carne afectada por la plaga. Como si esto no fuera suficiente, la epidemia trae consigo desórdenes sociales, una consecuencia de la degradación de la ciudad: ni las leyes ni el temor de los dioses son capaces de contener los peores comportamientos. La amarga consideración, al final del informe trágico, es que los hombres en la condición específica “hicieron que sus recuerdos se ajustaran a lo que fueron sometidos” (Tucídides, 1984, p. 54).

Al final de esta parte, una comparación con otra famosa descripción de los efectos de la plaga parece ser de particular interés: la de 1348 que Boccaccio coloca al comienzo de su obra principal, el *Decameron*, compuesta entre 1349 y 1351. Para escapar de los horrores de la enfermedad, tres niños y siete niñas abandonan Florencia y se retiran a las colinas de Fiesole, convirtiéndose en el símbolo de una humanidad renovada en contacto con una naturaleza no contaminada y calmada. La plaga es el escenario que presenta el primer día de la ópera: los jóvenes, que se han reunido en la iglesia de Santa Maria Novella, ven los signos devastadores de la enfermedad, antes de poder disfrutar del privilegio de una ruta de escape. El estilo del tratamiento es trágico y solemne: trágico por la gravedad del tema tratado, solemne porque debe conducir a la reflexión sobre el comportamiento humano. Al igual que Tucídides, Boccaccio trata el tema con desapego, con una mirada científica que analiza los hechos en detalle, en el profundo deseo de comprender lo que le está pasando a la ciudad que ama y a sus habitantes. Boccaccio no es un historiador, sino un narrador, por esta razón su análisis, más allá de la crónica fría, revela el horror, la compasión, la duda, incluso si no hay un juicio subjetivo sobre lo que está sucediendo. Por supuesto, incluso nuestro escritor, como Tucídides, descubre que la enfermedad se convierte en un banco de pruebas para los comportamientos humanos, y la imagen de la humanidad que surge no se presta a malentendidos: incluso ante la propagación de un mal que puede atacar casualmente, y no es curable, la figura preponderante es el egocentrismo, el pensamiento exclusivo en uno mismo, hasta el punto de aprovechar las desgracias de los demás sin ningún tipo de escrúpulo. Por lo tanto, la crueldad de la plaga se superpone a la crueldad de los hombres, cuya naturaleza se revela, incluso a los ojos de un escritor, no menos perturbadora que la forma en que había parecido a un historiador de muchos siglos antes.

#### 4. Tyche y el límite del poder humano

La naturaleza humana, como sabemos, tiene rasgos inmutables para el autor, pero el ser humano, si quiere sobrevivir, debe saber cómo cambiar, evolucionar en relación con el tiempo y el espacio, y el político más que otros. Pocas situaciones pueden ser tan convincentes como la propagación de la plaga, comprender que la vida no es para siempre y, en cualquier caso, está en nuestro poder y por lo tanto es un instrumento privilegiado de nuestra presencia en este mundo, pero no es capaz de enfrentar y resolver ningún problema. De hecho, hay una fuerza que los griegos identificaron como una deidad, Tyche, que interviene en los eventos y, para Tucídides, no es una entidad divina, sino la misma aleatoriedad de lo impredecible que acompaña a la existencia y de la cual debemos tener en cuenta con humildad. El autor no es indiferente a lo divino, no rechaza la tradición religiosa de su ciudad, pero considera, como Anaxágoras enseñó y luego sostendrá Epicuro, que los dioses no tratan con cosas humanas y, quizás, incluso naturales.

La posición sobre el papel del azar nos parece de particular importancia desde el punto de vista epistemológico, ya que parece admitir que el conocimiento no termina con el uso de la razón, dominado por la lógica. De hecho, en la batalla, como en la vida política, se necesita una estrategia de adaptación basada en las sensaciones, los sentimientos y las bases instintivas que se deben capturar, porque son los que salvan la vida en condiciones extremas. La primera conciencia de esa energía interna, que nos gusta llamar humildad, se basa en este supuesto simple: “Pero es la naturaleza humana que todos, en la esfera privada como en la esfera pública, cometen errores y no existe una ley que pueda evitarlo” (Tucídides, 1984, p. 45). Tyche hace sentir su presencia solo para recordárnoslo, especialmente cuando surge la tendencia a invertir en el futuro, la ilusión de ejercer poder sobre los eventos históricos, gracias al conocimiento que produce leyes estables de interpretación de los eventos. La red racional que el hombre construye, en cualquier caso, no hace que el futuro sea predecible. Esto debe ser entendido por el político, cuya tarea consiste en la capacidad de relacionar, con la mayor armonía posible, los fundamentos racionales y emocionales del ser humano con el titular del azar. La capacidad de predecir es limitada, pero debemos aceptar el riesgo de enfrentar la situación, la emergencia es obvia, evaluar las fuerzas antagónicas como en un juego, lo que en realidad es un desafío.

Debe recordarse que Tyche no se presenta solo como un obstáculo, sino también como una ventaja, de acuerdo con el concepto de Fortuna que tendrá desarrollos significativos primero en el humanismo latino y luego en el renacentista. Pero ya en la perspectiva tucídida parece, a veces, asumir connotaciones antropomórficas con poderosos matices psicológicos. El caso más interesante es, en nuestra opinión, su lamentable intervención en defensa de los desarmados habitantes de Mytilene (Tucídides, 1984, p. 51), mujeres y niños a quienes los atenienses tenían la intención de esclavizar, castigar a la ciudad que había roto el pacto y se había rebelado en armas. La decisión de la asamblea ateniense, dominada por el rencor, había sido inexorable, por lo tanto, una nave había salido para ejecutar la orden. Luego, con la cabeza fría, los miembros de la asamblea acordaron que se debía castigar con la muerte a los hombres que se habían rebelado y armado, y con la esclavitud a los inocentes, por lo tanto, se envía un segundo barco en un intento de detener la primera decisión y operar de acuerdo a la justicia. Tyche prefiere esta opción: un viento favorable permitirá que la segunda nave alcance la primera, más lenta en su camino. Otro caso interesante se refiere a la actitud de los atenienses después de una victoria militar sobre los espartanos: dejándose llevar por los *hybris*, creen que la batalla fue exitosa solo gracias a su mérito. Para castigar esta arrogancia, Tyche trabajará para que pierdan la guerra.

Pero ahora consideremos la actitud diferente, en este sentido, de dos protagonistas de los eventos contados por el historiador griego. El sabio rey espartano Archidamo II observa en su discurso público: “Las vicisitudes de la guerra, (...) son impredecibles: las empresas militares, en su mayor parte, se desarrollan repentinamente y en un clima apasionado” (Tucídides, 1984, p. 11). Por otro lado, sin embargo, Pericles sostiene: “Nuestros padres se enfrentaron a los medos sin tener los medios que ahora tenemos, pero también abandonando lo que tenían; más con la voluntad que con la suerte, más con la audacia, con el poder que rechazó al bárbaro e hizo que nuestra posición avanzara hasta este punto” (Tucídides, 1984, p. 144). Aquí la confianza en la razón y la astucia parece ser el rasgo predominante, casi como si Tyche pudiera ser atacado por hombres avanzados, que no se dejan dominar por el azar como en situaciones arcaicas, arraigadas en el miedo y en la baja autoestima. En resumen, Pericles da la impresión de que afirma que la virtud, en lugar de la suerte, afecta el destino de las empresas humanas. En este sentido, Giulio Cesare merece una

referencia, quien en *De bello gallico*<sup>9</sup>, hablando de sí mismo en tercera persona, parece apoyar la tesis opuesta: la fortuna es difícil de alcanzar y la voluntad humana puede hacer poco por ella, tanto que es preferible la pasividad. La actitud reflexiva y dudosa del gran símbolo del mundo romano no parece creer, como el historiador Tito Livio, que los dioses y el destino son el servicio exclusivo de Roma. Incluso otros pueblos pueden aspirar a la libertad y la gloria, y no es seguro que la fortuna permanezca indiferente a su destino. Sin embargo, en un hombre de armas no se puede perder una referencia precisa a la virtud<sup>10</sup>, entendida como el valor que los soldados deben reconocer en su comandante. Es inherente a la especificidad del individuo, pero solo puede triunfar por concesión de la fortuna.

Con el humanismo italiano, a partir del siglo XV, la exaltación de la autonomía del ser humano verá la idea de un sujeto que es el árbitro de su propio destino y, en este sentido, la virtud se opone con toda su fuerza a la aleatoriedad de la suerte. Nuestro objetivo es examinar al autor que, en el siglo siguiente, en el siglo XVI, dejará las huellas más universalmente conocidas sobre el tema en el capítulo XXV (1513)<sup>11</sup> de *El príncipe*, titulado: “Cómo puede la Fortuna en las cosas humanas, y en el cual se le tiene que resistir”. Lo primero a destacar es la letra mayúscula que usa Maquiavelo, como una señal de respeto por una fuerza que, sin duda, marca la historia con sus intervenciones; sin embargo, uno no puede permanecer pasivo ante su acción, no debe resignarse sino resistir. Todos pueden sentirse tentados a “dejarse gobernar” por el destino, pero para ser hombres hasta el final, es necesario aceptar el riesgo, porque la Fortuna solo compite por la mitad del control de las cosas humanas. Si este es el caso, debemos ingresar el orden de las ideas para dar lo mejor de nosotros mismos en la otra mitad. La pregunta es relevante a nivel epistemológico para el realismo que lo caracteriza: el hombre no es totalmente dueño de su propio destino, pero tiene muchas cartas para jugar en el terreno insidioso de la historia. Es cierto, según una imagen bien conocida, que la Fortuna es como un río en una inundación que abruma todo en su paso, pero el hombre puede, en períodos de calma, construir bancos resistentes y darse estrategias de contención,

9 Las referencias significativas son variadas, nos limitamos a lo siguiente: I, 53; II, 41; III, 10 y 68; VI, 30, 35 y 42.

10 Siempre en el *De bello gallico* indicamos las siguientes referencias a la virtud: I, 13; II, 19; VII, 36, 47, 52,

11 Escrito en 1513, el trabajo se publicó por primera vez en 1535. Usamos la siguiente edición: N. Machiavelli, *El Príncipe*, editado por G. Inglese, con un ensayo de F. Chabod, Turin: Einaudi, 2014.

poniendo su fe en su acción inteligente. Solo cuando no encuentra una virtud ordenada capaz de tomar decisiones adecuadas, la Fortuna termina por realizar en todas las formas la propia potencia.

## 5. Conclusión

Cuando Maquiavelo analiza el tema, ya no a nivel general sino específicamente sobre política, llega a algunos métodos de análisis que nos recuerdan a Tucídides. En primer lugar, el príncipe que solo cuenta con la suerte se arruina como resultado de su cambio de rumbo. Por el contrario, aprender a proceder de acuerdo con las cualidades de los tiempos es fundamental, ya que solo de esta manera podemos esperar dar continuidad a la acción del gobierno. Un modelo cognitivo anticonservador y antitradicional es explícito aquí: aquellos que esperan mantener su poder sin modificar nada y aplicar la fuerza contra toda innovación, solo pueden aislarse y terminar miserablemente como cualquier tirano.

Otra consideración, que nos recuerda al relativismo tucídido, es la inherente a las contradicciones que surgen de una investigación histórica cuidadosa: sucede que dos principios obtienen el “mismo efecto” aunque operan de una manera muy diferente; así como puede suceder que, actuando de la misma manera, uno obtiene su propio fin y el otro no. Una diferencia sustancial, por otro lado, se puede ver con respecto al concepto de naturaleza: Maquiavelo cree que no solo es posible sino necesario cambiar por naturaleza. Afirmación del máximo interés, por nuestro enfoque epistemológico, sobre todo por la imagen de príncipe que sigue. Él, siendo paciente y respetuoso con las reglas, puede vivir feliz mientras no haya cambios significativos en su territorio. La prudencia, en este caso, es una virtud que es recompensada; pero si surgen tensiones y contrastes, es preferible tener un príncipe “impetuoso”, capaz de actuar con un uso rápido y efectivo de la fuerza. Para consolidar esta convicción, la famosa imagen, que hoy llamaremos masculinista o en todo caso machista, de una suerte que ser mujer es necesario, quererla mantenerla bajo control, vencerla y golpearla. Si nos deshacemos de la comparación con lo femenino, que puede dañar nuestra sensibilidad, el autor está sometiendo a nuestra atención una perspectiva de modernidad imperecedera: aquellos que quieren ejercer el poder deben estar dispuestos a arriesgar todo, a atreverse hasta el final, hasta que último momento de la vida; ya que, como lo consideró Gramsci (2018) en sus *Notas sobre Maquiavelo*, solo aquellos que quieren el

fin, quieren los medios adecuados para lograrlo. Con esto, nos queda claro que la naturaleza de los hombres, de la cual es posible una ciencia, interactúa incesantemente con la naturaleza de los eventos, que también es un objeto de la ciencia. No podemos decir si uno es más seguro que el otro en los métodos de investigación, ya que estamos convencidos de que la posibilidad de procesos cognitivos en la investigación es preferible a la certeza. También queremos el fin y trabajamos para hacer que los medios encajen, pero sin la ilusión de un resultado definitivo.



## Referencias

- Adorno, F. (1983). *Filosofía antigua*. Milán: Feltrinelli.
- Canfora, L. (1991). *Tucídides: el oligarca imperfecto*. Pordenone: Edizioni Studio Tesi.
- Canfora, L. (1999). *El Misterio Tucídides*. Milán: Adelphi.
- Gramsci, A. (2018). *Nota sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. Granada. España: Editorial Comares.
- Maciavelli, N. (2014). *II Principe*. Turín: G. Inglese.
- Meister, K. (1998). *Historiografía griega. Desde los orígenes hasta el fin del helenismo*. Roma: Laterza.
- Moggi, M. (1984). *Introducción a Tucídides, la guerra del Peloponeso*. Milán: M. Moggi, Rusconi.
- Tucídides. (1984). *La guerra del Peloponeso*. Milán: M. Moggi Rusconi.
- Vico, G. (1971). *The Ancient Wisdom of Italics*. Florence: Pholosopchical Works.

